



Claudia María Mejía Duque

Beatriz Linares Cantillo: Irreverencia, fuerza, risa

Desde cuando Florence me propuso volver palabra escrita la memoria de Beatriz, no cesé de retornar a los momentos vividos con ella. Pregunté a varias personas sobre su recuerdo, la regresé una y otra vez a mi mente y a mis sentidos, también a los de quienes volvieron a ella para ayudarme a trazar estas líneas; siempre se hacía mujer el significado de las palabras que tomo prestadas de Ana Cristina González Vélez, cuando le dedicó su ‘Epitafio para un feminista’. No hablaré de su impecable y extensa hoja de vida, está escrita en miles de lugares, prefiero volver a su “irreverencia, su fuerza, su risa”.

Beatriz era irreverencia, este fue su sello en la búsqueda de derechos para las mujeres, para las jóvenes, los jóvenes, las niñas y los niños; irreverente frente a la institucionalidad a la que presionaba su transformación en favor de la dignidad de ellas, de ellos; irreverente frente a la norma que logró modificar en ocasiones en favor de una justicia que les cobijara; irreverente frente al poder que conocía desde su interior y por eso sabía cómo enfrentarle para que no fuera obstáculo en la realización de la vida de las poblaciones que fueron su razón vital de ser. En muchas ocasiones, sintió que sus esfuerzos eran vanos, que la



resistencia social e institucional a los derechos era mayor que su voluntad por vencerla, sin embargo, nunca se rindió, nunca se debilitó, pareciera que de sus convicciones y su irreverencia, volviera a tomar la fuerza que nunca le faltó.

Beatriz era fuerza, como he dicho; fuerza que le sirvió para no desfallecer en ninguna de las agendas que impulsó; fuerza de la que tomaba el impulso necesario para persistir en sus causas cuando todo le indicaba que no lograría sacarlas adelante; fuerza con la que insistía una y otra vez en políticas en favor de las mujeres, en legislación en favor de la niñez, en estrategias en favor de las jóvenes y los jóvenes reclutados o en riesgo de serlo, en oportunidades que la gente necesitaba para salir de la pobreza. Su fuerza, inclusive, la sostuvo durante meses en la última de sus batallas, la de intentar vencer su enfermedad. ¿Cómo explicar que conociendo su diagnóstico, aceptara el reto de dirigir la macro institucionalidad que era la Anspe? ¿Cómo entender que se pusiera al frente de la tarea de erradicar la pobreza cuando también asumía la de enfrentar su enfermedad? ¿Cómo concebir que tomara un avión para ir a todos los territorios que recorría buscando aliviar y transformar la vida de

* Abogada. Directora de la Corporación Sima Mujer.

la gente minutos después de las sesiones para su tratamiento? Su fuerza la nutría, le permitía continuar, la alimentaba, Beatriz era expresión de la inmensa fuerza femenina.

Beatriz era risa, era carcajada, su alegría era estruendo, a veces se extrañaban las personas que estaban afuera del salón donde nos reuníamos, porque no entendían como era que podíamos pasar ratos largos sin que cesaran nuestras risotadas y como lográbamos evacuar agendas complejas si lo que parecía era que estábamos de fiesta. Su risa hablaba de su mundo interior, del buen ser humano que era Beatriz Linares; amaba a su hijo y a su fiel compañero, durante horas

hablábamos de Nicolás y de Andrés, su relatos sobre el tierno cuidado que su pareja le aseguró siempre, pero sobre todo cuando el cáncer tocó su cuerpo, nos conmovían hasta las lágrimas.

Hasta aquí nuestra polifónica reconstrucción del recuerdo de Beatriz, el que preservamos y agradecemos a la vida, Ingrid, Florence, yo. Quiero terminar, como empecé, apropiándome de las palabras de Ana Cristina cuando habló de Beatriz en su partida: “Buscó la libertad, la autonomía y la eliminación de las injusticias porque hizo de su vida política un proyecto feminista...”.

Octubre 23 de 2017